

UN HOMBRE DE ESTE MUNDO, JOSÉ LUIS ALEMÁN: PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

Fernando I. Ferrán
Profesor Investigador
Programa de Estudios del Desarrollo Dominicano,
PUCMM



+ Padre José Luis Alemán Dupuy, S. J. (1928-2007)

José Luis Alemán Dupuy (1928-2007) es, como santo Tomás Moro, un hombre de su tiempo y para todos los tiempos. En su quehacer de economista, educador, articulista y sacerdote jesuita su talla fue tal que proporcionó él sólo sentido al propósito constitutivo de las universidades católicas; a saber, *“unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad”*.¹

Para rememorar cuál fue esa talla ejemplar propongo el siguiente recorrido: (1º) partir de la cruz con la que convivió, para (2º) bosquejar su pensamiento no económico respecto al pasado y (3º) al presente dominicanos, antes de (4º) detenernos al final de su vida mortal a las puertas de un mundo contemporáneo al que no se le permitió entrar. Concluida la exposición, enuncio a modo de epílogo el inexplorado desafío intelectual que su vida y pensamiento nos legan.

Pero antes de iniciar el recorrido conviene hacer una advertencia. Más que citar una y otra vez al P. Alemán, como forma erudita hoy día de demostrar un cuestionable valor académico, trataré de articular citas y frases no citadas para exponer las líneas centrales de su pensamiento desde una perspectiva antropológica. Entretejo de esa forma las principales constantes expuestas en un extenso Opus no económico integrado por artículos todos ellos circunstanciales.

I. Un hombre entre los demás hombres

Un hombre

Afable, solidario, estudioso, distendido y siempre deferente, Alemán fue agraciado con una mirada cristalina y un inefable y chispeante buen humor caribeño.

Saltó de su cuna en México a la Cuba capitaléna. Ésta lo dotó de patria chica, antes de que se revistiera y persignara en un noviciado jesuita. Pasó por una España que lo dotó de pasaporte

¹ *Ex corde Ecclesiae* No 1. Constitución Apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II Sobre las Universidades Católicas: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15081990_ex-corde-ecclesiae.html

y de profunda cultura humanística rumbo a la seria y no menos apasionada Alemania. En Frankfurt-am-Main fue el único alemán, por demás docto en teología y más en economía.

Como nota inaudita, reflexionó lo endeble pero también lo sanguinario y cruel que llega a ser el ser humano, --sobre todo los que supuestamente son muy cultos y modernos--, haciendo a la usanza ignaciana composición de lugar y aplicación de los sentidos para orar en medio de cámaras de gas y zonas urbanas totalmente arrasadas por los bombarderos aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

En tan largo caminar, ni reveló ni develó ante alguna mirada curiosa que, como cualquier otro ser humano, guardaba en sí mismo lo que podemos denominar a la usanza bíblica como un *sancta sanctorum* personal.

Su cruz...

En medio de una sociedad en franca transformación modernizante, el P. Alemán se mantuvo ceñido en todo momento por la pobreza, la castidad y la obediencia, especialmente al Sumo Pontífice. Y no a pesar de eso, sino que por ello mismo se entregó a la investigación, a la difusión del conocimiento y a la docencia en el suelo dominicano al que lo destinaron sus superiores religiosos.

Ese quehacer académico pareció siempre más apremiante y eminente que su presencia en el confesionario, en la celebración eucarística y en las homilias dominicales en la cibaena comunidad parroquial de San Bartolo, en Gurabo, o en alguna otra localidad.

De manera que, parafraseando a Carlos Marx cuando se refería a Ludwig Feuerbach como el más materialista de los idealistas y el más idealista de los materialistas, Alemán parecía a muchos como el más incrédulo de los creyentes y el más creyente de los incrédulos.

A mi entender, José Luis Alemán cargó en su propia intimidad con el rigor y la tensión existencial que debió implicar esa cruz: ser lo que no parecía ser. Y la asumió en medio de profundas y radicales transformaciones sociales e incluso aceleradas revoluciones políticas e institucionales, como la cubana en 1959, por ejemplo.

En efecto, vivió su cuestionada fe religiosa y por eso quiso, más allá de sambenitos tipo "*la religión es el opio del pueblo*", explicar y dar razón de su plena confianza en una milenaria tradición eclesial y en su incondicional entrega a un sujeto humano que, por ser Dios, se supera a Sí mismo, en particular, tras su muerte y resurrección corporal.

El diálogo y la reconciliación de la fe y la ciencia, o mejor aún, de la fe y la cultura conforman en lo sucesivo la misión del P. Alemán, admirador silente de su profesor Karl Rahner y fiel promotor de las transformaciones promovidas por el Concilio Vaticano II.

...y su identidad

Rara vez el Padre Alemán escribió acerca de cómo se comprendía a sí mismo, excepto la vez que a propósito de "*la posibilidad de una moral no teológica*" exclamó, como salido de lo más profundo de su propio ser, que

"Recordando el drama de la controversia acerca de los ritos chinos, confieso que soy jesuita." (Alemán 2012: 525-526)

¿En qué consistió esa controversia?

Durante los siglos XVII y XVIII los misioneros jesuitas en China laboraban en dos tareas de difícil complementariedad. En la corte imperial, un grupo de científicos en las áreas de matemáticas, astronomía y mecánica fungían como consejeros, vivían allí y renunciaban a la predicación explícita; y llegaron incluso, tras largos debates de conciencia, a producir cañones para evitar las dinastías mongolas. Mientras tanto, en el ámbito popular, muchos de sus compañeros convivían con la población pobre y actuaban como misioneros.

Un punto de unión importante para ambos grupos fue la aceptación de los ritos confucianistas

como costumbres folclóricas, relativamente indiferentes en términos teológicos, en lo que a la moral se refería. Sin embargo, para una Europa aún creyente en la práctica y en su cultura se trataba de una novedad escandalizadora: para muchos la única moral posible era la cristiana y había que rechazar como anticristianos los ritos y oraciones familiares tradicionales en China o, para esos efectos, las tradiciones de cualquier otro lugar y cultura.

Ese fue el meollo de la controversia y Alemán no lo olvida. La Santa Sede decidió condenar aquellos ritos confucionistas en el siglo XVIII, pues los tenía como incompatibles con el cristianismo, su doctrina e incluso dogmas de fe, hasta que en el siglo XX el Papa Pío XI enmendó y revirtió dicha condena. Libre de sospecha quedó en ese vericuetto de la historia el propósito fundamental de pasar de una moral teológica, --que se justifica y sustenta en la teología cristiana de la Iglesia Católica--, a una no teológica, --avalada por alguna práctica y tradición cultural que permite la convivencia social en un marco de referencia ético relativo a lo que debe ser.

Pues bien, y retomando el hilo de la exposición, si Alemán parecía ser el más incrédulo de los creyentes o el más creyentes de los incrédulos, al margen de su bonhomía, eso se debió a su seguimiento de la tradición de los jesuitas en la corte imperial china. En medio de múltiples movimientos y revoluciones campesinas, tecnológicas y culturales, sin pasar por alto en América Latina la piedra de toque que representó la teología de la liberación, al sacerdote jesuita José Luis Alemán le cupo la responsabilidad de poner norte hacia la “corte” dominicana al finalizar su etapa formativa.

Desde esa corte palaciega, que para él siempre fue la universidad como institución generadora de conocimiento y por ende de formación, emuló el esfuerzo de quienes un día renunciaron a la prédica formal y se esforzaron por exponer de manera incluso útil su dominio de alguna de las disciplinas que conforman el amplio saber humano.

Como paso a exponer, para lograr ese objetivo su análisis crítico partió siempre de tres axiomas que lo aproximaban a la realidad que lo rodeaba, más que a hipotéticos supuestos y concepciones irreales.

II. La realidad dominicana

Axiomas de su pensamiento crítico

El pensamiento crítico del P. Alemán se sustenta en tres axiomas principales; a saber, económico, tecnológico-histórico y por fin cultural.

Primer axioma, como quien dice en los linderos de la metodología marxista: no se puede entender una sociedad, cualquiera que ésta sea, sin reconocer y explicar económicamente el funcionamiento de su estructura productiva y organizacional.

Ahora bien, conocedor del pensamiento sobre el burgués del sociólogo y economista Werner Sombart e impulsado por el economista Joseph A. Schumpeter con su teoría del capitalismo como destrucción - constructiva, Alemán asume como propio un segundo axioma:

La tecnología, y por tanto la estructura económica que ella sustenta, no bastan de ninguna manera para explicar la dimensión socio-institucional de la existencia humana y por eso el *homo oeconomicus* y sobre todo el *technicae* se desfondan y superan en las instituciones que lo sustentan. (520).

Responder la pregunta, ¿qué explica entonces esa dimensión institucional y cuál es su significado?, conduce al tercer axioma de su pensamiento crítico: a saber,

La mejor explicación del buen funcionamiento, progreso y bienestar de cualquier civilización humana viene dada por el sistema cultural que resulta de la interacción de sujetos humanos, su medio ambiente e instituciones.

Provisto de esos tres axiomas críticos, Alemán puede concluir que los cambios más significativos suelen darse en asuntos no económicos y por eso entroniza sobre el tapete la cuestión –filosófica-- del sentido de las cosas.

“El sentido de la vida, de la compasión y de la muerte no se suprime por una mayor corrección en las relaciones económicas; probablemente su necesidad hasta apriete más ahora que otras necesidades materiales se solucionen con mayor facilidad pero con menor ilusión”. (Alemán 2012: 208)

Realidades constitutivas de la historia social dominicana

Una vez concluidos sus estudios en Frankfurt, Alemania, al Padre Alemán le quedaba por descubrir que la realidad siempre es mucho más rica que cualquier concepto o teoría.

Ese descubrimiento lo realizó en la República Dominicana, cuya capital visitó por primera vez en 1962 para cumplir con una encomienda episcopal ante el presidente electo de la República, el profesor Juan Bosch; y donde residió a partir de 1966, cuando fue puesto al frente del Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús y, desde el año 1968 hasta su muerte en 2007, mientras se mantuvo relacionado con la otrora Universidad Católica Madre y Maestra, hoy Pontificia.

Como primera aproximación a la inconmensurable realidad que pretendía explorar, Alemán se valió de la historia y de otras disciplinas sociales para discernir el comportamiento humano y contextualizarlo. Entresacados –textualmente-- de entre cientos de sus artículos quedan estos “fulgurazos”, como diría hoy día Andrés L. Mateos, de un pasado dominicano:

- La sociedad hatera de la época colonial y luego en la primera república da sentido original a la realidad económica dominicana y representa un benigno tipo ideal de explotación paternalista. Con su típica relación de amos/esclavos y peones, esa sociedad ilustra la “poltronería” (Sánchez Valverde) que los colonos franceses del lado occidental de la isla endilgaban en tiempos coloniales a los criollos.
- El sistema de campesinos minifundistas, impuesto por Petion en Haití y en el este de la isla a fin de contar con tierra para repartir, encuentra su caja de resonancia en el campesinado cibaño con su producción de tabaco negro para andullos y para exportación. Los antiguos peones del hato se beneficiaron con la asignación de minifundios y se dedicaron a la agricultura de subsistencia y no para el mercado. Sus diversiones, ritos y costumbres no podían ser controlados ni por el Estado, ni por la Iglesia Católica (moral natural, más que canónica). La solidaridad era familiar y local, no nacional.
- La economía azucarera y las reglas de los mercados laboral y financiero comenzaron a imponerse a la autonomía y al modo de vida campesino a partir de la sexta década del siglo pasado. La economía del trueque casual y sin dinero, pero llena de artimañas y enemiga de reglas generales perdió terreno ante el avance de la propiedad privada de la tierra y la medida monetaria. Comenzó así un período de acumulación del gran capital, mientras que buena parte del campesinado devenía bracero en las fincas azucareras y, al igual que la mano de obra extranjera traída adicionalmente para labores de corte y alza de la caña de azúcar, sobreexplotado.
- La inseguridad nacional dio pie al predominio de una ideología en contradicción con el destino nacional. Santana, Báez y otros tantos vieron en la anexión a España, Francia o los Estados Unidos, una *conditio sine qua non* para el progreso y la paz interna del país. Había que resguardarse de las amenazas de los gobernantes en Haití y de las rebatiñas internas en el país. Otra cosa defendieron los admiradores del campesinado cibaño, por ejemplo Bonó. A la postre, los amigos de la modernidad y del progreso se impusieron. Aducían que, sin la incorporación de la economía a los mercados internacionales, no habría progreso y el país seguiría siendo una gran gallera repleta de una población indolente, jugadora, inculta y desnutrida, dominada por caudillos y herederos de los hateros de antaño.
- En la práctica, chocaron dos concepciones políticas entre sí. De un lado, el gobierno civil

durante la Restauración, integrado por personalidades como Benigno Filomeno Rojas, Ulises Francisco Espaillat, Pedro Francisco Bonó, Pepillo Salcedo y Gaspar Polanco que contaban con un proyecto nacional de democracia sajona y liberalismo económico. Del otro lado, la guerra restauradora la dirigían hombres nuevos sin galas intelectuales, pero osados y a veces sanguinarios: Ulises Heraux, Florentino, Luperón. Estos no tenían un proyecto nacional, aunque sí ambiciones de poder regional.

- El choque de ambos grupos condujo a un Estado autoritario, financieramente dependiente de préstamos propiciados entre otros por inmigrantes como Vicini, Batlle, Puente y Marchena, quienes aumentaron su riqueza mediante negocios con la administración pública.
- Antes y después de la primera intervención estadounidense, con su control de las aduanas nacionales, los sucesivos gobiernos dominicanos se acostumbraron a otorgar beneficios, -tierras, obras públicas y empleos--, a sus partidarios y, para sustentar sus respectivas bases de poder 'clientelista', a endeudarse.
- El poder político terminó en manos de Trujillo cuyo régimen despótico concentró en su persona el poder económico, el político, el social y el ideológico. El proclamado jefe y generalísimo no dudó en ejercer el poder y a la fuerza y de manera cruenta logró la eliminación de caudillos regionales y la pacificación del territorio nacional; la delimitación de sus fronteras; el supuesto rescate de las aduanas y la institucionalización de la moneda y de un renovado orden financiero nacional; una nueva modalidad de acumulación primitiva en función de expropiaciones de tierras y empresas industriales y agroindustriales; cierta movilidad social, particularmente en los estamentos estatales, en función de lealtades a su persona; y la conformación de un Estado político en control de su territorio, dotado de nuevos códigos legales y de un eficiente aparato burocrático. Todo lo cual, engalanado por faraónicas obras públicas, auparon el culto a su persona hasta confundirla con el sentimiento patrio. Por todo lo cual, esa forma de institucionalizar la vida nacional no pasó de ser un fiel reflejo de la voluntad omnímoda del supuesto benefactor y dictador de la patria nueva.
- Tras el tiranicidio, el relevo recae en una mesa coja de tres patas en las que, con excepción del momento de la Revolución de Abril del 65, intercambian poder político gobernantes y empresarios, con la reservada la bendición de la jerarquía católica. En ese contexto, la falta se impuso la falta de institucionalidad.
- Se sucedieron las exoneraciones de impuestos y las facilidades crediticias, además de componendas con el Poder Ejecutivo, en beneficio de grandes empresarios. El proteccionismo industrial encarnado en la Ley 299, y la benignidad ante excesivas "*indelicadezas empresariales*", favorecieron nuevas inversiones que no fomentaron el espíritu de iniciativa y la aceptación de riesgos. Los inversionistas se acostumbraron así a exigir contratos y garantías leoninas, mientras que el empresario nacional pasó a depender de garantías proteccionistas y el Estado resultó privado de ingresos indispensables para las inversiones sociales.

III: **Desafíos presentes**

El pensamiento del P. Alemán no fue sistemático y tampoco su descubrimiento de las complejidades no económicas de ese pueblo dominicano al que vino a servir. A pesar de indiscutibles lagunas y rupturas, centró su atención entre 1968 y 2007, años en los que permaneció de manera continua en el país, en cinco desafíos que para él eran herederos de aquellas realidades constitutivas de la historia dominicana.

1. Economía. Avanzada la segunda mitad del siglo XX, existía ya un modo (a no confundir con modelo) dominicano de hacer economía. Según Alemán, el desafío consiste en modificar las modalidades económicas dominicanas en base a reglas y regulaciones globales, con el respaldo de acuerdos y pactos regionales e internacionales, y el "*faire play*" con actores de otras latitudes y culturas.

Claro está, en la República Dominicana, en medio de prácticas monopólicas y sobre todo oligopólicas, aupadas y resguardadas por vínculos sanguíneos y solapado proteccionismo, tomará aún mucho más tiempo pasar de una sociedad montonera a una de libre mercado e irrestricto dominio de la ley. En particular porque al poder ejercido desde arriba por familias tradicionales, nuevos ricos y políticos empresarios, se añade un nivel de pobreza que estimula el clientelismo y su principal efecto, la inercia social.

2. Sociedad excluyente. La comprensión histórica de Alemán llega a un presente en el que distingue una sociedad caracterizada por las exclusiones de haitianos, de jóvenes dominicanos y de “pobres”.

La exclusión de los haitianos no significa necesariamente que no puedan recibir servicios públicos y hasta privados o que no puedan trabajar para quien mejor les pague. Significa eso sí que, sobreexplotados con la complicidad de muchos nacionales de ambos países, quizás pueda llegar a creerse algún día que en el lado oriental de la frontera ser dominicano no signifique ser anti haitiano y que ser haitiano deje de equivaler no ser dominicano.

Coqueteando con el estado de anomia descrita por Durkheim, en medio de un ambiente de impotencia y con padres que emigrados del campo a la ciudad no saben cómo educar adecuadamente a sus hijos, los jóvenes dominicanos anticipan a la hoy día denominada generación de los Ni-Ni e ignoran cómo sobrevivir en medio de una sociedad a la que no están integrados y con la que no se sienten identificados.

Yendo al fondo de la cuestión, Alemán descubre que de hecho, no así de derecho, la marginación asentada en la pobreza viene asociada de manera reiterativa a lo largo de la historia social dominicana con la exclusión racial. He ahí algo difícil de ocultar: ser pobre y ser negro se funden predominantemente en una sola realidad. Esto así, tanto en los barrios pobres, repletos de gente pobre y “de color” en contraste con los ensanches ricos con su “gente blanca”, como en las posiciones cimeras del mercado de trabajo y hasta en provocativas revistas sociales, abundantes en mercancías lujosas y en un idealizado color blanco corporal. La exclusión de los pobres y negros los priva de la igualdad ante la ley y, si no de pasaporte para emigrar, sí de identidad. Como tal, constituye una difícil tarea de superación.

3. Gobiernos. Indiscutible herencia del pasado, los sucesivos gobiernos dominicanos incurren en el “*error fatal*” de abandonar su papel de árbitro activo e imparcial entre los diferentes grupos que conforma la sociedad dominicana. Los gobernantes se articulan, por no decir confabulan, con empresarios particulares y grupos empresariales que logran así una excesiva concentración de poder y que los hace prácticamente invulnerables.

En ese contexto, valoró la fructífera iniciativa y el nada ostentoso empuje de un Víctor Espaillet, ejemplo viviente en el clan del Cibao de un “*decididor*” medieval, y la advertencia de José Luis Corripio en el sentido de que los empresarios criollos no estaban identificados con la nación dominicana.

Más aún, Alemán insistió machaconamente que había que rescatar la función de árbitro neutral del bien común, como forma eficiente de contrarrestar la corrupción y la impunidad. En la actualidad, si pudiera, afirmararía que hay que superar un patrón de comportamiento cultural de indiferencia general debido al cual “*to e to y na e na*”, so pena de no poder restaurar una cultura cívica y extirpar la costumbre de burlar impunemente la ley y cualquier norma de ordenamiento social.

4. Haití y medio ambiente. A largo plazo, el principal desafío para el logro de cualquiera que sean los objetivos económicos, ciudadanos e institucionales del país resulta del carácter de isla relativamente pequeña y compartida por dos países de alta densidad demográfica y diverso grado de desarrollo y cultura. En ese contexto emerge la cuestión medio ambiental en plena era del calentamiento global: el país no cuenta con suficientes recursos naturales renovables que lo cubran de grandes catástrofes ambientales, como la desertificación, la falta de agua, las pérdidas de litoral y de suelo arable.

Y tan acuciante como la dimensión ambiental de la sostenibilidad, el desarrollo haitiano condiciona el dominicano. A este propósito, el Padre Alemán no titubeó al expresar que Haití no sólo operaría a mediano plazo de modo neutral en el desarrollo de la República Dominicana, sino que incluso podría terminar siendo un factor positivo para el mismo.

5. Nosotros-cohesión social. Cualquier contrapunteo entre el ayer y el hoy dominicano pone en evidencia que se ha perdido la cohesión constitutiva de la nación dominicana. La consecuencia es dramática. El individualismo manifiesto a la vista de todos como corrupción y violación de las leyes que no logran ordenar la convivencia ciudadana, agudizan la extrema desigualdad social y cuestiona que podamos reconocernos como “*nosotros*”.

Nosotros, además de implicar la sensación de un yo extendido e inclusivo, permite experimentar cosas y compartir recuerdos, procurar metas y sentimientos comunes con todos esos otros yo con los cuales construye y comparte un universo de sentido y de pertenencia común. Al borrarse la igualdad (de oportunidades, y ante la ley y el usufructo de los bienes sociales), las inevitables diferencias personales y de intereses diluyen el ser parte de un nosotros. Sin esa experiencia e identidad común, la vida política se torna de difícil manejo y el desarrollo, cualquiera que éste sea, carece, tanto de sentido y finalidad, como de justificación y sustento, en medio de cualquier nación o asociación global.

Al igual que el proyecto de unión en Europa depende de la construcción de un sentido explícito del nosotros-europeo, so pena que la población deje de soportar el peso burocrático y regulatorio salido de Bruselas y de Estrasburgo, la vida social dominicana deviene insostenible sin un nosotros-dominicano. El presente como amenaza no es más que un nosotros-dominicano a la deriva y sin sentido de pertenencia patria.

IV: A las puertas del futuro

Alemán consideró que la incorporación de la economía dominicana a una economía de libre mercado serviría de cabeza de playa para superar una estructura de poder basada en relaciones primarias, familiares, y encaminar así al conglomerado nacional hacia una forma de civilización más solidaria, justa y plena de sentido. Pero se equivocó (“*temo que me equivoqué*”). Las relaciones de mercado no establecen ni promueven confianza ni amistad ni cohesión y menos aún espontaneidad entre los actores.

Podrán sumarse todos los “yo” que quieran en una relación comercial de mercado, que no por ello resulta el indispensable “*nosotros*” que, cimentado y cohesionado por valores comunes y oportunidades equitativas, pasa a ser la piedra angular de lo que Alemán denominó con insistencia en sus artículos sociales como “*cohesión social*”.

Una sociedad para la cual la vida humana sólo consiste en la posesión, ostentación y fugaz consumo indiscriminado de cosas; o que su experiencia y comprensión de la actividad económica y del progreso no sea lograr la felicidad, la solidaridad y el bienestar comunitario, sino la exhibición de meras obras y objetos físicos, termina inexorablemente sumergida en multitud de hechos sin sentido ni valor ni trascendencia alguna.

Previendo tan nefasto final, el Padre Alemán apeló una y otra vez a la ética, con su rosario de valores. Y la calificó siempre de social, para darle cabida a un sistema axiológico más próximo a los valores derivados del Evangelio.

Con ese propósito en mente, además de su labor de economista, expuso intuitivas consideraciones a partir de textos neo testamentarios (Mateo, Hechos de los Apóstoles, cartas a los Colosenses, Efesios y primera de San Juan), escudriñó la moral calvinista y la ética del trabajo de Max Weber, y reconoció el alcance de la intercomunicación de Jürgen Habermas y en particular la justicia como equidad de John Rawls.

Otras tantas veces, se valió y apoyó en la doctrina social de la Iglesia Católica. Encíclicas papales desde tiempos de Pío IX, León XIII, Pablo VI y los santos Juan XXIII y Juan Pablo II

alentaron en él la consecución de dicho propósito.

Aquí y allá hurgaba y buscaba la construcción de un pensamiento que le permitiera completar su propósito original: una *"moral no teológica"* capaz de unificar el sentido y el quehacer de los dominicanos, independientemente de sus diferencias e intereses encontrados, en un universo de sentido y de valores comunes.

A pesar de tanto empeño, esa *"moral no teológica"* quedó, como tierra prometida atisbada desde lejos por Moisés, pero fuera de su alcance conceptual. No logró reconciliar aquella doctrina eclesial y sus orientaciones preceptivas con las exigencias heurísticas y casuísticas de un sistema moral de presión, heredero de Aristóteles, de Santo Tomás y de Suárez, y menos aún con uno de tipo aspiracional, según se lo propusiera Henry Bergson. Pero no porque fueran en principio irreconciliables, sino porque no logró tanto.

Alemán, por su fe católica, sabía en Quién creía y qué valoraba. Asumió su misión como los jesuitas en China, y, al igual que a éstos, aunque por otras razones, no le cupo la gracia de coronarla iniciando una escuela de pensamiento y de discípulos, --como por ejemplo la Escuela de Frankfurt que conoció en sus días de formación--, que ayudaran a expandir y a dar continuidad a su obra intelectual en medio de la realidad nacional, latinoamericana e internacional.

Escribió que la nueva ética que el país reclamaba pasa por una ética de aspiración sin la cual hay pocas posibilidades de una justicia social en el país. Esa ética requiere según él de un reformador visionario y un grupo de convencidos contagiados por la perspectiva de una nueva forma de ver la sociedad y que rechace convertirse en un caudillo omnipotente.

Sin embargo, su esfuerzo quedó a las puertas del futuro. Con extrema humildad, finalizó su obra sentenciando, no sólo que había cometido errores, sino que su exposición a propósito de la justicia social en la República Dominicana sólo fue *"aproximativa y demasiado abstracta"*.

Por consiguiente, continuar y hasta completar esa concepción aproximativa, bien puede y debe ser tarea universitaria en un espacio como el del Programa de Estudios del Desarrollo Dominicano, adscrito al Centro de la PUCMM que lleva su nombre. Y así lo planteo formalmente. No por motivos antojadizos, sino como un propósito intelectual pleno de sentido, en tanto que indispensable principio y fundamento de una nueva civilización.

Ese propósito de continuidad intelectual gana en valor cuantas veces nos adentremos más en el inaudito mundo del presente.

A modo de epílogo, después de Alemán, todo un mundo por descubrir

En la patria que se descubre como presente de aquel futuro al que no tuvo acceso el Padre Alemán, añado a partir de ahora de mi parte, que todo sigue igual, aunque peor y más viejo por el régimen de inconsecuencia que corroe el tradicional régimen institucional dominicano. El borrón es continuo y las cuentas nuevas mal llevadas. Ni los hechos ni los datos importan. Ya no se valora la fingida retórica de solidaridad, ni se estima ni aprecia la solidaridad humana y menos la compasión. En resumen, se ignora que el pensamiento objetivo es el único capaz de evitar que valores e instituciones se diluyan bajo el consuetudinario escepticismo del dominicano y el nominalismo publicitario y cultural con que se inoculara a la ciudadanía.

¿Por qué tal ruptura y diferenciación con el pasado? La respuesta radica en el insospechado sistema cultural que añora con romper las amarras de la civilización judeo-cristiana. Ese sistema abjura de la creencia teleológica. La historia y la vida humana aparecen en lo sucesivo como desprovistas de finalidad y de sentido. Hablamos de libertad, pero la blandimos cuando hemos perdido el sentido de nuestras vidas. Abandonamos un todo ideal por la nada real, y seguimos caminando incapaces de lograr o al menos aspirar a pequeños logros.

Desaparecen por primera vez --al menos en el mundo occidental desde tiempos de Aristóteles, hace ya 26 siglos-- la causalidad y la finalidad como fuente de explicación y de sentido de cada deseo, de toda acción humana y de la historia.

Nuestro lar particular no escapa de esa realidad. La sociedad dominicana, de raigambre "feudal" por sus ataduras familiares y vínculos primarios, está asediada por el galopante proceso de globalización de la cultura post, sea ésta la de la civilización del "espectáculo"² o de la "fluidez"³.

Escondida y resguardada detrás de las murallas del polígono central capitaleño y de las de alguna que otra población en el interior del país, flanqueada toda ella por hacinados y marginados siervos de la gleba al servicio de ella, la nación dominicana puede comenzar a percibir cómo se derrumban sus muros, tal y como sucediera antaño en Jericó. Pero esta vez no por el sonido de disparos liberadores que hicieron las veces de trompetas en la Autopista 30 de Mayo, sino por el paso avasallador de la total irrelevancia de organizaciones y valores permanentes que, como acontece en sociedades ejemplares de allende, se cierne a lo largo y ancho de lo que resta de la consuetudinaria organización familiar e institucional de la República Dominicana.

Ese fenómeno trastornador del sin sentido ni pertenencia ni permanencia y menos aún finalidad última o importancia objetiva de las cosas permaneció oculto al análisis avizor del P. Alemán. No obstante, a mi entender, en cualquier escenario que se quiera, él está llamado a ser y tiene méritos sobrados para convertirse en el referente obligado de toda una nueva generación intelectual en este fandango mundo en fuga. Y debe serlo pues, el desafío permanece intacto: bautizar una nueva época de nuestra sociedad isleña y redimensionar el ritmo de su civilización hedonista y su fluida organización institucional y cultural en interminable fuga.

Algunos aún lo harán en aras del bien común de ese género que todavía se autocalifica de humano, mientras que los más agraciados podrán hacerlo también, en todos los tiempos, como en los suyos lo supo hacer José Luis Alemán junto a tantos de sus compañeros, *ad maiorem Dei gloriam*.

BIBLIOGRAFÍA

Alemán, José Luis:

Religión y Sociedad Dominicana en los años Mil Novecientos Sesenta; Santiago, UCMM, 1982.

Una interpretación de la política monetaria y bancaria dominicana: 1989-1999; Santo Domingo, Colección del Banco Central de la República Dominicana. Departamento Cultural, 2000.

De religión, moral, economía y otros caminos; Santo Domingo, PUCMM, 2002.

Economía Política Dominicana, 2003-2006; Santo Domingo, Centro Bonó, 2012

Bauman, Zygmunt:

Liquid Modernity, Maryland, USA, Polity Press, 200:228pp.

Croes, Edwin:

Teoría y práctica del desarrollo: Aportes de José Luis Alemán; Santo Domingo, obra inédita preparada para el concurso convocado por el Fondo para el Fomento de la Investigación Económica y Social, FIES, 2009.

Cuadernos de Pedagogía:

"In memoriam" de José Luis Alemán Dupuy, S.J., (1928-2007); en Cuadernos de Pedagogía, PUCMM, 2007: 28-31.
<http://cuaderno.pucmm.edu.do/index.php/cuadernodepedagogia/article/viewFile/81/80>

Estudios Sociales:

² Vargas Llosa, Mario: La Civilización del Espectáculo, Madrid, Ediciones Santillana, 2012: 90pp.

³ Bauman, Zygmunt: Liquid Modernity, Maryland, USA, Polity Press, 200:228pp.

Número especial en honor al P. José Luis Alemán, S.J.; Santo Domingo, RD. Año 40, Vol. XXXIX, Número 144, enero-marzo 2008.

Medrano, Néstor:

“José Luis Alemán, del humanista que servía a Dios y a la Economía”; en Santo Domingo, Hombre de Letras, 20 de octubre 2008: <file:///Users/fernandoiferranbru/Desktop/taller%20alemán/HOMBRE%20DE%20LETRAS:%20José%20Luis%20Alemán,%20del%20humanista%20que%20serv%C3%ADa%20a%20Dios%20y%20a%20la%20Econom%C3%ADa.webarchive>

Papeles del CUEPS:

El pensamiento de J.L.Alemán S.J.; en Santo Domingo, PUCMM, Centro de Estudios Político y Sociales, No. 1, abril 2013: 22pp. <http://www.pucmm.edu.do/investigacion/cueps/Documents/Papeles%20del%20CUEPS,%20el%20pensamiento%20de%20J.%20L.%20Alemán%20S.pdf>

Pérez-Ducy, Ellen:

La obra del Dr. José Luis Alemán, S.J.: Revisión y análisis de su pensamiento económico 1968-2007; Santo Domingo, Colección del Banco Central de la República Dominicana. Departamento Cultural, 2012.

Vargas Llosa, Mario:

La Civilización del Espectáculo, Madrid, Ediciones Santillana, 2012: 90pp.
